

escomulgado. Imitando entonces á los franceses, Segismundo de Austria apeló del papa al futuro concilio.

Habiendo formado el doctor Gregorio de Heimburgo el auto de apelacion, mandó el papa que se le tratase como hereje y reo de lesa majestad, como que habia violado la unidad de la Iglesia; prohibió toda comunicacion con él y le confiscó sus bienes. Usando el doctor, para vengarse, de las armas que le eran propias, compuso un tratado contra la potestad temporal que decia se arrogaban los papas sobre los príncipes. Esta es la obra mas acre y violenta que contra la potestad pontificia se escribió en aquel siglo, fecundo en semejantes producciones."

Baste lo manifestado para comprender que las cuestiones suscitadas en aquella sazón no fueron efecto inmediato de la condicion del poder temporal de los papas, sino de la supremacia política que ejercian en virtud de un derecho consuetudinario reconocido y aceptado en el derecho público europeo; pero todas estas cuestiones eran ajenas al dominio temporal de los Sumos Pontífices y por esta razón no pretendemos exanimar la política seguida por la Santa Sede en las guerras de Sicilia y en sus consecuencias directas, como quiera que solo se trataba de favorecer á una nacion en perjuicio de otra, y esto de ningun modo afectaba al gobierno que pocos años antes habia restablecido á su última espresion su señorío sobre el reino de Nápoles. No era este por cierto un medio muy convincente para demostrar deseos de dar ensanche á los dominios de la Santa Sede. Aun en las luchas intestinas provocadas en Italia por los partidos de los Pazzis y de los Médicis échase de ver la mala influencia de pasiones mezquinas, á pesar de las cuales se tuvo siempre respeto al gobierno temporal de la Santa Sede, de modo que el mismo rey de Francia al apoyar decididamente el partido de los Médicis, no dejó de buscar el medio mas á propósito para que el papa no hubiese de pasar por la humillacion de retractar pública y solemnemente las sentencias y entredichos fulminados recientemente contra el partido contrario al de su sobrino, el cardenal Riario.

En estos sucesos sin embargo no se descubre razón ni hecho alguno directo contra el dominio temporal de la Santa Sede; lo que mas se hacia en medio de esta oposicion enconada era suscitar la doctrina de la supremacia del concilio general sobre el papa para conocer la legitimidad ó injusticia con que se habian impuesto las penas espirituales de que tan frecuente uso se hacia en aquel entonces. Y á propósito debemos consignar que en las luchas intestinas de Italia promovidas por los partidos de los Médicis y de los Pazzis, si

bien se fulminaron entredichos y excomuniones, solo fué en castigo de la terrible muerte dada á un arzobispo y á consecuencia de graves desacatos cometidos contra la Iglesia, desacatos que sin embargo pudieran en buena parte atribuirse á la provocacion.

Por desgracia en la época á que nos estamos refiriendo, las pasiones habian logrado tal privanza que se dieron á conocer de un modo repugnante hasta en la misma Santa Sede; pero esta razón desconsoladora es una prueba mas de la robustez de una institucion tan antigua como el dominio temporal de los papas, pues en medio de la oposicion y de las guerras promovidas á consecuencia de incontestables abusos que se reconocian en la conducta de algunos papas, siempre se respetó el principio de la soberanía temporal de los mismos. Los sucesos mas significativos que pueden citarse sobre este particular, son los relativos al pontificado de Alejandro VI, pontífice cuyos defectos, que no pretendemos negar, con frecuencia se han exagerado notablemente. No queremos que en punto tan delicado pueda tenerse por menos imparcial nuestra opinion; por esto vamos á transcribir una sucinta reseña de los ruidosos sucesos que en dicha época tuvieron relacion directa con el poder temporal de la Santa Sede, reseña que tomaremos de la conocida y justamente reputada Historia de la Iglesia por Henrion. Dice así:

"Alejandro VI dió principio á su reinado haciendo concebir unas esperanzas bastantes lisonjeras. Se valió de su capacidad y de su firmeza de ánimo para asegurar la tranquilidad pública, contener las muertes violentas y los robos. Manifestó tambien poca afabilidad, moderacion y equidad y publicó unos decretos muy acertados, así para la administracion de justicia, como para el alivio de los pueblos. Pero no duró mucho esta ilusion, pues á la quietud de Italia, que poco antes se miraba como imperturbable, sucedieron rápidamente las turbulencias, los trastornos y todos los desórdenes. Luis Sforzia, tutor ó por mejor decir, opresor de su sobrino Juan Galeazzo, duque de Milan, fué quien encendió el fuego de la discordia; pero halló en el papa cuanta facilidad podia apetecer para atenderla y fomentarla.

"Poco satisfecho Luis con tener eternamente en tutela á su sobrino, sin embargo de que ya estaba casado y tenia dos hijos, pensaba en quitarle el título y la autoridad de duque: la jóven duquesa, nieta del rey de Nápoles, imploró con las mayores instancias el auxilio de su abuelo. Al principio representó Fernando á Luis con los términos mas comedidos, que teniendo ya el duque la edad señalada por las leyes y además de esto, dos hijos que aseguraban la sucesion, no podia haber ningun obstáculo para confiarle el go-

bierno del ducado. Lo prometió Luis, y solo pidió tiempo para convocar los estados del Milanesado, á fin de dar cuenta de su tutela; pero aprovechándose de esta dilacion, tomó dinero á crédito, levantó tropas, puso las plazas en estado de defensa é hizo todos los preparativos necesarios para consumar su usurpacion. Hallándose el napolitano sin fuerzas para castigar una mala fe tan manifiesta, recurrió á otras potencias dirigiéndose desde luego al papa. Aunque no habia pasado todavía un año desde la elevacion de Alejandro VI á la Santa Sede, era ya demasiado conocido el grande interés que tomaba en el establecimiento de sus hijos (1); y habiéndole prometido el rey de Nápoles que les daria los primeros feudos que vacasen en su reino, concedió el papa todo lo que se le pedia.

“Recurrió tambien Fernando á Pedro de Médicis, que acababa de heredar el poder y autoridad que habia adquirido entre los florentinos su padre Lorenzo. Digno hijo del gran Pedro de Médicis, primero de este nombre; y de Lucrecia Tornabouni, la cual estaba dotada no menos eminentemente, despues de haberse libertado Lorenzo del golpe fatal en que pereció su hermano Julian, habia triunfado de todos los enemigos de su casa por el afecto que le profesaba el pueblo de Florencia, y habia sido declarado gefe de la república. Acabó de hacerse dueño de los corazones con su generosidad, con la nobleza de sus sentimientos y de sus modales, con el lustre que constantemente procuró dar al Estado, con su zelo por los progresos de las artes y de las letras, y por el asilo y proteccion que concedió á los ilustres personajes que habian experimentado los rigores de la adversa fortuna y á los sábios de su siglo, mereciendo ser mirado generalmente como protector de todos ellos. Se concilió el aprecio y la confianza de todos los príncipes de Europa, los cuales le eligieron no pocas veces por árbitro de sus desavenencias. Para darle el sultan Bayaceto una prueba de su amistad, le entregó uno de los asesinos de su hermano Julian, que se habia refugiado en Constantinopla. Habiendo recibido el soldan de Egipto desde lo más remoto de la Etiopia, donde está el nacimiento del Nilo, un camaleopardo, animal tan extraordinario que no se habia visto otro desde el tiempo de los antiguos ro-

(1) Creemos necesario advertir que los hijos los tuvo Alejandro VI antes de ser papa, siendo jóven y militar; de suerte que más bien que hijos del papa Alejandro VI, como suelen llamarlos los protestantes en ódio al pontificado romano, deben llamarse hijos del oficial Rodrigo Lenzoli de Borja (*Nota del traductor de Henrion.*)

manos, se lo regaló en testimonio de lo mucho que le estimaba. Lorenzo habia sido siempre benéfico, buen amigo, liberal y magnífico, pero voluptuoso, y aun llegó á sospecharse si tenia poca religion. La proximidad de la muerte y la asistencia del célebre dominico Gerónimo de Savonarola, despertaron en él tan perfectamente los principios de la fe, que murió con grande edificacion, llorando hasta el último momento los estravíos de su juventud. No tenia mas de cuarenta y cuatro años, y además de Pedro, el cual le sucedió, dejó otro hijo llamado Juan, que despues fué papa con el nombre de Leon X.

“Pedro de Médicis habia heredado el poder, mas no el talento y capacidad de su padre. Al principio desechó unas proposiciones que se dirigian á hacer contrajese una alianza contra Luis, con el cual acababa de unirse contra los venecianos; pero no desmayó por esto el rey de Nápoles. Estaba casado Pedro de Médicis con una hija de Virginio de Ursinis, y este además de deber muchos favores al rey Fernando, tenia un imperio prodigioso sobre su yerno. Logró Virginio persuadirle que los pactos concertados con Luis no debian detenerle en las circunstancias presentes, que los que se le proponian eran infinitamente mas ventajosos, y sobre todo que no llegarían á traslucirse jamás, ó por lo menos hasta que las tropas de Nápoles estuviesen reunidas con las de Florencia. Sin embargo, Luis, que era sumamente desconfiado y astuto y uno de los hombres mas taimados de su tiempo, tuvo arte para descubrir muy pronto este misterio.

“Mientras todos los príncipes cristianos, y en especial los de Italia, iban ó enviaban á felicitar, segun costumbre, al papa Alejandro por su exaltacion al pontificado, mientras que Pedro de Médicis no pensaba en otra cosa que en ostentar su fausto y riqueza, y su orador Scipion de Arezzo trataba solamente de arrebatar la palma de la elocuencia á su competidor Sannazar, el intrigante Luis convertia sus sospechas en certidumbre, y urdia la trama con que habia de enredar al papa en tales términos que se declarase á su favor. Virginio de Ursinis acababa de comprar, sin noticia del Sumo Pontífice, un territorio considerable con título de principado, dependiente de la Santa Sede; y para su pago habia suministrado el rey de Nápoles la suma de cuarenta mil escudos de oro, que no equivalia á la renta ó producto que dejaban en dos años aquellas ricas posesiones. No se ocultó á Luis la utilidad que podia sacar de este incidente, tratando con un papa que no perdia ocasion de enriquecer á su familia; pero cuando fué introducido en la audiencia se contentó, como hombre sagaz, con presentar el

cebo, haciendo los cumplimientos de estilo, y hasta le vistió con unos colores propios para que se mirase como efecto de celo la codicia del Pontífice. Le espuso que la conducta de Virginio era esencialmente ofensiva de los derechos de la Santa Sede; que el rey de Nápoles, que habia suministrado á Virginio los cuarenta mil escudos, era mucho mas culpable que el mismo Virginio; que en todas ocasiones manifestaba aquel rey su odio á la casa de Borja, y que si se toleraba semejante injuria, el papa, su familia y toda la Iglesia romana estaban amenazados de los mayores peligros. El cardenal Ascanio, hermano de Luis y muy querido del Pontífice, apoyó fuertemente este discurso, y concluyó proponiendo una nueva liga contra la de Fernando y los florentinos; en una palabra, de tal manera se hicieron dueños de la voluntad del papa, que la liga quedó resuelta al momento.

“Entretanto el rey de Nápoles no cesaba de solicitar la amistad del papa, y para conseguirla hizo que le entregase Virginio de Ursinis el principado que este habia adquirido con dinero del rey. Con esto perdió Fernando los cuarenta mil escudos de oro, y además dió á Virginio pesesiones del mismo valor y título en la provincia de la Pulla; pero se estendian á mucho mas las interesadas miras de Alejandro VI por su familia, pues aspiraba á que el mayor de sus sobrinos se casase con una de las hijas del rey. Este es el hilo que debe seguirse para esplicar la conducta del papa con respecto á los franceses, á quienes comprometió en la guerra de Nápoles, valiéndose luego de todo su poder para impedir la y evitar las consecuencias que podian resultar de ella. Lejos de querer favorecer á esta nacion, de la cual se mostró siempre enemigo, es probable que solo pretendia alarmar al napolitano para facilitar así el logro de su intento.

“Como quiera que sea, volvió á coligarse con Luis Sforzia, y ambos á dos de comun acuerdo enviaron embajadores á Francia para sondear las disposiciones de aquella corte y escitar al rey Carlos VIII á emprender la conquista de Nápoles. Brizonnet y Vese eran entonces los grandes favoritos del jóven rey. Vese, hombre despreciable, habia ascendido desde los mas viles oficios de guardarropa del delfin hasta las dignidades de sumiller de corps y senescal de Baucaire; y Brizonnet, desde presidente de la cámara ó tribunal de cuentas á ministro de hacienda, aunque revestido del carácter eclesiástico. Para obligarlos á entrar en la trama italiana, se prometió á este un capelo y á aquel un principado en el reino de Nápoles. A pesar de la resistencia del consejo, el cual no pudo menos de desaprobare una

espedicion tan arriesgada, les fué muy fácil conseguir que se decidiese á favor de ella el jóven rey Carlos, ya porque le estimulaba el deseo de gloria, ya tambien porque se creia con tanto mejor derecho que Fernando á los estados de Nápoles.

“Antes de entrar el rey en campaña envió negociadores á Italia para tomar conocimiento de sus varias potencias, para facilitar el paso de las tropas y para asegurar los víveres, municiones y demás objetos indispensables en una guerra cuyo teatro estaba tan distante. Se habia anticipado el de Nápoles por lo que hace al papa, concediéndole, en fin, para uno de sus hijos llamado Godofredo Borja una hija natural del duque de Calabria, con el principado de Squilace en dote, una pension de diez mil ducados, y el pago del gasto que hiciese una compañía de cien soldados. Alejandro, siempre pronto á recibir, aceptó la princesa y el principado, pero sin querer entrar abiertamente en ninguna liga: por cuyo medio se libertaba de todo contratiempo, lograba la ventaja de acomodarse al curso de los sucesos, y estaba en disposicion de aprovecharse de todas las ocasiones que se presentasen para enriquecer á su familia. Gobernándose por estos principios, dió al embajador francés unas respuestas vagas y equívocas. Aparentó imparcialidad, y despues de haber sido el principal instrumento para que el rey se resolviese á declarar la guerra, dijo que queria observar una neutralidad exacta. El embajador le ofreció beneficios en Francia para el hijo á quien pensaba hacer cardenal, y diferentes posesiones para los otros. Pero no se esplicó mas el Pontífice; y decidido únicamente á entregarse al que mas le ofreciese, iba ganando tiempo para oír y examinar las varias ofertas.”

“Viendo el rey de Nápoles que no podia contar con esta proteccion, y habiendo agotado inútilmente los demás recursos de su política para alejar la tempestad que le amenazaba, experimentó de improviso tan gran conmocion de terror, que le sobrevino una apoplejía, y murió á 25 de enero de 1494. Aunque este príncipe no dejaba de tener prudencia y sagacidad, en los treinta y seis años que duró su reinado parecia haberse propuesto gobernar siempre como tirano mas bien que como rey; y así se dice que desde la muerte de Neron no hubo otra menos sentida que la suya. Su hijo primogénito Alfonso, duque de Calabria, era por lo menos tan aborrecido como él de sus vasallos, y sin embargo le dejaron tomar posesion del reino, esperando que fuesen á darles libertad los franceses, cuyo auxilio habian implorado secretamente. Consiguio la investidura del papa, mediante la cesion de los principados, cada uno de

treinta mil escudos de renta, y la manutencion de dos compañías de soldados de cien hombres cada una, para los hijos del Pontífice, Juan y Godofredo, y pingües beneficios para César, que era todavía cardenal. Se desentendió el papa de las pretensiones contrarias de Carlos VIII, y con una conducta que sería inesplicable en cualquiera otro hombre que no fuese Alejandro VI, al mismo tiempo que enviaba á su sobrino Juan Borja á coronar á Alfonso, levantaba tropas para hacer guerra á este príncipe, de acuerdo con Luis, y daba el mando de ellas á Próspero Colonna, adicto al partido de Francia. Sin embargo no bastó el favor pontificio para sostener al nuevo rey contra el odio general de los napolitanos; y viéndoles este príncipe mucho mas dispuestos á abandonarle y tal vez á entregarle al enemigo que á tomar su defensa, se consternó de tal manera á pesar del valor que habia mostrado en mil ocasiones, y especialmente en la conquista de Otranto, que renunció la corona á favor del príncipe Fernando su hijo."

Esta desacertada política que se observaba en Italia movió al rey Carlos VIII á entrar por ella con un ejército de mas de veinte y cinco mil hombres. Prescindiremos de su campaña en lo que se refiere á los territorios de Italia fuera de los Estados del papa: nos concretaremos á manifestar que para ir contra Roma contaba con tres elementos, á saber, con el valor de sus propias tropas, con el apoyo de las dos poderosas familias Colonna y Ursini, y con la antipatía que se habia atraído en Roma el papa Alejandro. Hé aquí en qué términos refiere el citado autor esta corta expedicion á que nos referimos:

"Continuando el rey su expedicion de Italia, se presentó delante de la ciudad de Roma. Los romanos estuvieron tanto mas distantes de oponer ninguna resistencia, cuanto que al ver que se hundió de repente una parte de sus murallas, se persuadieron que el cielo queria entregar la ciudad á los franceses. El papa se retiró al castillo de San Angelo con solo dos cardenales, y el rey hizo su entrada en la ciudad con hachas encendidas y con mayor pompa todavía que en Florencia. Le salieron al encuentro todos los magistrados, y le presentaron las llaves en nombre del Pontífice y del pueblo romano. Puso en todas partes cuerpos de guardia y no hubo diferencia entre esta toma de posesion y la de una plaza conquistada por asalto, sino en que se abstuvieron religiosamente de todo saqueo y de todo desorden. Muchos cardenales que habian abandonado al papa, instaron al rey para que se apoderase de su persona, é hicieron que se le formase causa segun las disposiciones canónicas. Sobre todo se dice que el cardenal de san Pedro *ad*

*vincula* espuso que Dios habia conducido al rey como por la mano á la ciudad de Roma para enjugar las lágrimas y dar fin al oprobio de la Iglesia; que en calidad de hijo primogénito de ella debia el rey de Francia, á ejemplo de sus predecesores librarla de un intruso que habia adquirido el título de papa á fuerza de dinero; que Alejandro era aborrecido en todo el mundo cristiano por su rapacidad, disolucion é impudencia, y que solo ocupaba la Silla de San Pedro para hacerla despreciable á los infieles, para autorizar la blasfemia, y hacer que triunfase la impiedad.

"Carlos VIII, lleno de respeto á la Silla apostólica, y gobernándose al mismo tiempo por el dictámen de Brizonnet, que aspiraba al cardenalato, creyó que estos consejos eran demasiado violentos y prefirió el medio de hacer tratados; pero á ello opuso el Pontífice muchas dificultades. Fué inútil la intimacion que se le hizo para que entregase el castillo de San Angelo, pues se mantuvo inflexible hasta que habiendo visto asestada contra el lugar de su refugio una artillería formidable, se figuró que iba á quedar enterado debajo de sus ruinas. Entonces salió del castillo, despues de haber convenido en casi todo lo que se le habia propuesto, pero bien determinado, como lo acreditó la experiencia, á cumplir solamente lo que le era ventajoso. A pesar de su parcialidad ofensiva, el rey, venerando á Jesucristo en su representante, aunque indigno, le rindió sus homenajes religiosos con tantas demostraciones de honor y reverencia, que para perpetuar el papa la memoria de una submission tan lisongera de parte del rey, mandó que se pinta se este suceso en la galería del castillo de San Angelo-Brizonnet, que era á la sazón obispo de San Maló, recibió el capelo desde la primera conferencia que tuvo el rey con el papa."

En esta lucha con la Francia, lucha que fué tomando extraordinarias proporciones, está simbolizado el carácter de la época á que nos referimos. Escusaremos á nuestros lectores la molestia de recordar las mezquindades personales, las pequeñas ambiciones y los intereses particulares que se pusieron en juego durante esa lucha que el papa Julio II llevó luego á un punto de exacerbacion que hasta entonces, ó á lo menos desde mucho tiempo no habia tenido. Julio II tuvo la fatalidad de dejarse arrastrar por el espíritu de la época, y se convirtió en un monarca que solo ambicionaba la grandeza territorial. Su política está resumida en las siguientes palabras que pronunció á la hora de su muerte: "¡Ojalá no hubiese llegado yo jamás á ser papa, ó á lo menos, hubiese empleado todas las fuerzas de la Iglesia en

perseguir á los enemigos de la Iglesia!" La lucha entre Julio II y el rey Luis XII renovó el triste espectáculo de los conciliábulos y concilios que se reunían para procurarse la autoridad moral de sus decisiones como un complemento ó apoyo de la fuerza material. Mientras en Tours y en Orleans se discutía si un monarca ofendido por el papa en sus derechos temporales podía rechazar la fuerza con la fuerza y hasta apoderarse por algun tiempo de las posesiones de la Iglesia; mientras se discutía si al confundir el papa la autoridad espiritual con la temporal fulminando censuras por actos de este último orden, había obligacion de someterse á ellas, y si á los abusos de autoridad que ejerciese el papa podían los príncipes contestar interrumpiendo toda clase de relaciones con la Santa Sede, Julio II por su parte avanzaba decidido al frente de sus tropas para atacar á Luis XII. Al reprobar empero los conciliábulos que se reunieron en Francia y en Italia, y en la actitud y las decisiones que tomaron con la Santa Sede, cediendo, mas que á los motivos que pudiera darles la conducta poco prudente del papa, á las sugerencias de la ambicion personal y de los intereses particulares de algunos cardenales, no dejaremos de recordar por otra parte con profundo disgusto la actitud de Julio II, quien no se contentó con poner entredicho á toda la Francia, con escomulgar al rey y absolver á sus súbditos del juramento de fidelidad, sino que por haberse refugiado en la ciudad de Lyon los individuos del conciliábulo de Pisa, privó á aquella ciudad del derecho de tener ferias francas, y lo traspasó á la ciudad de Ginebra.

Hora es ya de que pongamos término á la reseña de estos acontecimientos que siendo acaso menos ruidosos que otros anteriores, fueron sin embargo mas fatales á la Iglesia, por cuanto revelaron una série de tristes desaciertos por parte de los papas, y este mal era ya mas difícil de remediar por cuanto procedía del interior y daba aparentes muestras de estar arraigado. La Providencia lo permitió sin duda para demostrar una vez mas la fuerza propia con que contaba una institucion que ha sabido hacerse superior á todos los contratiempos. No obstante no fueron del todo estériles para el mal estas circunstancias: la córte de Francia dió principio á esa lucha en que hasta el presente se han empeñado mas ó menos todos los gobiernos, promoviendo cuestiones encaminadas á disminuir la supremacía de la Santa Sede, que no solo trajeron consigo las pretensiones del regalismo sino tambien las tristemente célebres libertades galicanas. Y no es que por esto pretendamos oponernos absolutamente á ciertas pretensiones del rega-

lismo; mas, fuerza es confesar que en el fondo las exigencias de los regalistas no han tenido otra mira que la de rebajar la supremacía que desde antiguos tiempos conservaba la Santa Sede, y en la exageracion de estas exigencias no se ha tenido ó no se ha querido tomar en consideracion que para salvar derechos temporales de los príncipes no se vacilaba en deprimir la autoridad espiritual de los Romanos Pontífices.

Esta oposicion á la autoridad de la Santa Sede coincidió con un terrible cisma que vino á llenar de sangre y de consternacion á la Europa, dividiéndola en dos campos que todavía subsisten. La reforma protestante de cuya influencia vamos á ocuparnos, inició una nueva lucha sistemática y directa contra la Santa Sede, lucha que hasta ha dejado tristes resabios de su fatal influencia en el campo de los defensores de los Romanos Pontífices.